

Adrián Correnti

Primer Domingo
de Adviento
Ciclo C

02-12-2012

**“Estén preparados
para la venida del Señor”**Hohenau,
Capitán Miranda.

Introducción

Este primer domingo de Adviento comenzamos el nuevo año eclesiástico.

1. Estén preparados: El acusado y el juez

“Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y de embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Lc. 21:34)... Y así “seáis tenidos por dignos... de estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lc. 21:36). Con estas palabras Cristo describe los vicios y placeres mundanos que pueden distraer a los creyentes mientras esperan su segunda venida, en la que “ha de juzgar a los vivos y a los muertos” (Credo Apostólico, II art.).

La falta cometida por uno mismo, nos hacen culpable de un delito, y este delito nos lleva al banquillo de los acusados delante de un juez que, luego de presentadas las pruebas acusatorias, pronunciará un fallo o veredicto: culpable de conducir alcoholizado; culpable de conducir sin casco; culpable de llevar una vida desenfadada que termina en vicios como la droga y el sida; culpable de merecer la pena de muerte por matar una vida inocente; culpable de haberse desentendido de la esposa y de los hijos, por no haberlos ni cuidado ni amado. El fallo del juez te condena: Eres culpable y debes pagar la deuda. Y esta condena es eterna: el fuego del infierno.

Pero de repente, se presenta un abogado delante del juez, se acerca a ti y te entrega un sobre cerrado. Y te dice: "Abre el sobre y lee el mensaje". Tú abres el sobre y lees la carta, que dice: "Padrenuestro: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Entonces el juez, conmovido, se levanta, toma la carta de tu mano y observa la letra. Es una letra color rojo. Y él les dice a todos: "Esta carta la escribe mi propio hijo, el único que tengo. Es su letra, escrita de su propia mano, y con su propia sangre". Y el juez, mirándome, me dice: "Te absuelvo de tus pecados. Ve en paz, y no peques más. No cometas otro delito". Y yo soy liberado.

Querido hermano, querido amigo, si oyes este mensaje, quiero que sepas que tú eras el que estaba sentado en el banquillo del acusado, y que Dios es tu juez. Pero que Jesús, el Hijo de Dios, ha pagado por tus pecados, y te consiguió una fianza que dura para siempre, al morir en la cruz por ti. No desprecies su salvación y perdón, de lo contrario el juez se volverá otra vez contra ti. **Permanece en su amor, y Él permanecerá en ti.** No dudes de que Dios desea tu salvación, más bien **afírmate en su perdón y camina con Él**, en una vida de rectitud y de justicia, que hace honor a su Nombre, que busca dar un buen testimonio de su bondad entre los hombres. No sea que, distrayéndote tú otra vez en vicios y placeres mundanos, cuando él venga en gloria no puedas presentarte seguro ante el Hijo del hombre.

2. Estén preparados: la comunión con Cristo mediante la Santa Cena

¿Cómo permanecer en el amor de Dios? ¿Cómo mantenerse en el perdón de Dios y por lo tanto poder presentarse confiados delante del trono del Rey celestial y de los santos ángeles? Permanecemos en el amor de Dios, teniendo comunión con Él. Y esto tiene lugar por los medios externos de la Palabra y de los sacramentos; y

especialmente, luego de que somos bautizados y oímos la predicación, tal comunión tiene lugar **mediante la Santa Cena**.

Este sacramento de la Santa Cena, Cristo mismo lo instituyó con la mayor solemnidad, para que sea “usado hasta el fin del mundo con la mayor reverencia y humildad como

- (1) Memoria perpetua de su amarga pasión y muerte y de todos sus beneficios,
- (2) Como sello y confirmación del Nuevo Pacto,
- (3) Como consuelo para todo corazón atribulado [angustiado],
- (4) Y como **unión [comunión] firme de los cristianos con Cristo, su Cabeza, y de los unos con los otros**. Al ordenar e instituir Él la Santa Cena, pronunció las siguientes palabras respecto al pan que bendijo y dio a sus discípulos: “Tomad, comed: Esto es mi Cuerpo que por vosotros es dado” (Mt. 26:26; Lc. 22:19), y respecto a la copa, o el vino: “Esto es mi Sangre del Nuevo Pacto, que por vosotros es derramada para remisión de los pecados” (Mc. 14:24; Lc. 22:20; Mt. 26:28).

Por lo tanto, es nuestro deber no interpretar y explicar estas palabras del eterno, verdadero y todopoderoso Hijo de Dios, nuestro Señor, Creador, y Redentor, de un modo diferente, esto es, de un modo alegórico, figurado o metafórico, según parezca agradable a nuestra razón, sino con fe sencilla y debida obediencia aceptar las palabras tal como rezan, en su sentido propio y claro, y no permitir que seamos desviados del Testamento expreso de Cristo por objeciones y contradicciones humanas, extraídas de la razón humana, no importa cuán atractivas parezcan a la razón.

El ejemplo de Abraham ilustra lo antedicho. Cuando Abraham oyó que Dios le dijo que sacrificara a su hijo, suficiente razón tuvo para argüir [argumentar, deducir] si las palabras de Dios debían ser entendidas literalmente o en un sentido más tolerable y cómodo, ya que las palabras del Señor reñían abiertamente no sólo con la razón humana y con la ley divina natural, sino también con el artículo principal de la fe respecto a la Simiente [Descendencia] prometida, Cristo, que nacería de Isaac... **Abraham entiende y cree con toda sencillez y claridad las palabras y el mandato de Dios, aceptando todo literalmente**, y encomienda el asunto a la omnipotencia y sabiduría de Dios, quien tiene muchas más maneras de cumplir la promesa respecto a Simiente [Descendencia] procedente de Isaac que las que él puede comprender con su ciega razón.

De igual modo, también **nosotros simplemente debemos creer con toda humildad y obediencia las palabras perspicuas [fáciles de entender], firmes, claras y solemnes** y el mandato de nuestro Creador y Redentor, sin abrigar duda o entablar argumento respecto a si cuadran con nuestra razón o si son posibles.” (FC DS, art. VIII, § 44b-47).

Por lo tanto, quien desee participar dignamente de la Mesa del Señor, ante todo debe hacer un **examen de conciencia**. En la “Explicación Breve” del Catecismo Menor de Lutero, pregunta 348, dice: “*¿Cómo debe examinarse a sí mismo el que desee comulgar?*”

El que desee comer de este pan y beber de esta copa debe preguntarse a sí mismo:

I. Si está arrepentido sinceramente de sus pecados.

II. Si cree en Jesucristo.

III. Si tiene la buena y sincera intención de enmendar su vida pecaminosa con la ayuda del Espíritu Santo.

3. Estén preparados: la disciplina externa en la vida cotidiana

“Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y de embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y venga de repente

sobre vosotros aquel día” (Lc. 21:34)... Y así “seáis tenidos por dignos... de estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lc. 21:36). **En estos tiempos hay muchas cosas que distraen de la comunión con Cristo y de la participación en la Santa Cena.** Jesús menciona tres distracciones: exceso de comida, exceso de bebida, y estar preocupados por las cosas terrenales. Pero a estas tres podríamos agregar otras distracciones más: estar horas y horas frente a la televisión y el internet, una vida egoísta, y el afán desmedido por las riquezas.

“Sobre la mortificación de la carne y la disciplina del cuerpo enseñamos... que la verdadera mortificación y no fingida se verifica por **la cruz**, y por las **aflicciones con que Dios nos ejercita**. En ellas se ha de acatar la voluntad de Dios, como dice Pablo: “Presentad vuestros cuerpos en sacrificio” (Ro. 12:1). **Estos son los ejercicios espirituales del temor y de la fe. Pero además** de esta mortificación que se hace por medio de la cruz, **es también necesario cierto género de ejercicio voluntario**, del que Cristo dice: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y de embriaguez” (Lc. 21:34). Y Pablo: “Sino que golpee mi cuerpo, y lo pongo a servidumbre” (1 Co. 9:27). Estos ejercicios empero **han de considerarse no como cultos que justifican, sino como prácticas tendientes a someter la carne**, para que no se apodere de nosotros la saciedad [abundancia excesiva] y nos haga seguros y ociosos [inútiles, perezosos], de lo que resulta que los hombres ceden a las inclinaciones de la carne y les obedecen... No obstante, enseñamos que en estas cosas se debe hacer uso de la libertad de una manera tal que los inexpertos no se escandalicen” (Ap., art. XV, § 45-47, 51a).

Conclusión

Mi intención y mi pedido a Dios, nuestro Padre, es el mismo del apóstol Pablo: Que el Señor “afirme vuestros corazones, que os haga irreprochables* en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts. 3:13). Que en este tiempo de Adviento que comienza, en donde nos preparamos para celebrar la Navidad, el Señor mismo dirija nuestros pasos para tener una comunión más firme con él y también con nuestros hermanos y familiares. Amén.